



Comunidad y trabajo

Pedro Trigo, s.j.*

Jesús anuncia el Reino de Dios. Dios quiere establecer una comunidad con los seres humanos, o, mejor, introducirnos a su comunidad divina por medio de su Hijo Jesús como hijos en el Hijo. Para eso él se adelanta a cancelar cualquier deuda, toda enemistad, toda diferencia. Dios viene como gracia. Esa es una noticia buena, la mejor noticia que se puede dar. Se nos invita al banquete de las bodas de Dios con los hombres. ¿Quién rehusará? Sería un necio el que pensara que tiene entre manos algo más importante.

Esta iniciativa de Dios pide una correspondencia. El que comprende esta propuesta de Dios ¿qué hace? Ponerse en el mismo tono, en la misma actitud: perdonar las deudas, suprimir las diferencias, compartir con los pobres, amar a los enemigos. Ésta es la actitud que toma Jesús y así, hace presente con su vida el reino que anuncia con su palabra. De este modo llega a hacerse lo que ya era: Hijo de Dios.

El pueblo lo sigue entusiasmado y personas de toda condición aceptan esta propuesta y se convierten a sus hermanos como Dios se ha convertido a ellos. Sin embargo hay personas que se oponen: los ricos, los poderosos, las autoridades, los que se tienen por justos. El trato que Jesús propone no les parece ventajoso. Prefieren tener a Dios a raya con su cumplimiento de la ley y con sus limosnas; prefieren tener a los seres humanos lejos en una sociedad jerarquizada, discriminadora, en la que ellos ocupan los primeros puestos y se hacen llamar bienhechores.

Jesús se admira de su ceguera y de la dureza de sus corazones. No comprenden el momento histórico que atraviesan. Y no sólo no entran ellos al reino sino que prohíben e impiden a otros entrar.

De todas las maneras, si es necesario vivir ¿cómo no entrar en tratos con el mundo? En un mundo que rechaza la buena nueva de Dios, cada vez resulta más difícil hacerla presente con un modo nuevo de vida. La actitud misericordiosa y amorosa y las relaciones sociales gratuitas y abiertas chocan con la actitud y las relaciones sociales vigentes y en el choque es casi inevitable que desaparezcan o se deformen.

Ante esta sociedad que lo rechaza, Jesús mantiene con su palabra y con su vida la propuesta de Dios. En la contradicción, la gracia se vuelve liberación. La polémica fue encarnizada, pero breve. Jesús sucumbió a manos de los que no querían ni un Dios cercano ni un mundo compartido. El pueblo, impotente, contempló en la cruz una gran esperanza muerta. Y los seguidores de Jesús, la muerte de su fe: “lo crucificaron ¡y nosotros que esperábamos que él fuera el liberador de Israel!” (Lc 24,21).

Pero Jesús resucitó. Los discípulos son testigos. Si ha empezado la resurrección, es que ya estamos en los últimos tiempos. Jesús vendrá pronto y comenzará el reino de Dios. Por eso en los discípulos renace la urgencia del maestro: ¡conviértanse! ¡No dejen pasar este tiempo de gracia! Dios ya nos ha cancelado la deuda ¡hagamos lo mismo nosotros con los prójimos! Dios nos ha amado primero, por tanto ¡amémonos unos a otros!, así se realizará en nosotros su amor a plenitud.

LA COMUNIDAD, SEÑAL Y FERMENTO

Pero la situación no cambia. Y los seguidores de Jesús deben mantener el evangelio en el seno de una situación social que lo niega. La realización que intentará hacer presente el evangelio será la comunidad. El mundo no ha creído en el amor de Dios, pero, si nos amamos unos a otros, ese amor se irá realizando. De este modo poco a poco la propuesta de Jesús, pública, tendente a un cambio urgente y global, se va convirtiendo en un mensaje y un espíritu transmitido a grupos que, esparcidos acá y allá, serían el fermento para que a su tiempo cambiara toda la sociedad.

De todas las maneras persistía el convencimiento de que “no pasará esta generación sin que todo esto suceda” (Mt 24,34). Aun Pablo, por el año 50, se consideraba entre los que todavía estarían vivos cuando viniera el Señor (1 Tes 4,15). La misma convicción del fin inminente leemos en Pedro (1 Pe 4,17) y en Santiago (5,8) y hasta el texto tardío del final de Juan llegan los rumores sobre el destino del apóstol: “Si quiero que se quede aquí hasta que yo vuelva, ¿a ti que te importa?” (21,22).

La noche pasa, ya llega el día; por lo tanto los discípulos deben vigilar para que no los sorprenda la llegada del Señor. De este modo se configuraron co-

mo signo y levadura comunidades cristianas para vivir de un modo vigilante y fecundo en este tiempo de la espera. Estas amonestaciones de Pedro configurarían el ideal de la comunidad de Jerusalén: “En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucha eficacia; todos ellos eran muy bien vistos, porque entre ellos ninguno pasaba necesidad, ya que los que poseían tierras o casas las vendían, llevaban el dinero y lo ponían a disposición de los apóstoles; luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno” (Hch 4,32-35). Ahí está, a modo de alabanza y recomendación, el caso de Bernabé: “tenía un campo y lo vendió llevó el importe y lo puso a disposición de los apóstoles” (Hch 4,37). Por eso nadie pasaba necesidad, “partían el pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón, siendo bien vistos de todo el pueblo” (Hch 2, 46-47).

VIVIR EN ARMONÍA

Sin embargo, el fin se demora. En las comunidades cunde la ansiedad y el desánimo. Lo almacenado se gasta. Las preocupaciones por la vida se vuelven más y más perentorias. Y surgen cada vez más frecuentes los problemas: “Los de lengua griega se quejaron contra los de lengua hebrea; decían que en el suministro diario descuidaban a sus viudas” (Hch 6,1). En Tesalónica, con eso de que el fin está a la puerta, habrá gente ociosa (1 Tes 5,14) “muy ocupados en no hacer nada” (2Tes 3,11). Había cristianos que robaban como modo de vida (Ef 4,28), otros grupos más bien pensaron que ya habían resucitado (2 Tim 2,18). La exaltación entusiástica de las asambleas será el signo de que ya eran hombres nuevos. La consecuencia: se vivía por encima del bien y del mal. Todo está permitido (1Cor 6,12): la fornicación, el comer de los sacrificios paganos o el hartarse y emborracharse afrentando al que nada tiene. Otras comunidades se buscaban sus protectores, honraban a los ricos para que aportaran sus limosnas. Santiago se alza contra estas discriminaciones: “¿No son los ricos quienes los oprimen?” (2,6) y se dirige a los jefes de las asambleas: “Ustedes están afrentando a los pobres” (id).

Ni compartir una abundancia no producida (eso sería gracia barata) ni consolarse con una pobreza resignada (eso sería opio del pueblo). El camino de Jesús es amor creador que saca realidad de la carencia y amor liberador que vence los obstáculos y lucha contra las opresiones

Y a los ricos: “Lloren a gritos, porque se están cebando para el día de la matanza” (5, 1.5). Y a los pobres: “Refuercen el animo que la venida del Señor está cerca” (5,8). Y a todos: “Idólatras ¿no saben que la amistad con el mundo es hostilidad contra Dios?” (4,4).

De todas las maneras, si es necesario vivir ¿cómo no entrar en tratos con el mundo? En un mundo que rechaza la buena nueva de Dios, cada vez resulta más difícil hacerla presente con un modo nuevo de vida. La actitud misericordiosa y amorosa y las relaciones sociales gratuitas y abiertas chocan con la actitud y las relaciones sociales vigentes y en el choque es casi inevitable que desaparezcan o se deformen. Estas primeras generaciones marcharán entre la necesidad de mostrar al mundo la honorabilidad del cristianismo, con el peligro consiguiente de abandonar su novedad, y la necesidad de mantener a toda costa incontaminada la novedad de vida, con lo que el sectarismo resulta sociológicamente casi inevitable. ¿Cómo vivir en el mundo sin ser del mundo?

EL TRABAJO PARA EL ESPÍRITU

La comunidad de Jerusalén no logró resolver satisfactoriamente el problema; su comunismo primitivo se agotó pronto. Al centrarse en la distribución y el consumo, olvidando la producción, se convierte en miseria compartida que, aun sufrida con paciencia, engendra pesimismo, tristeza y obstinación. Es la miseria del rentismo, aun en la mejor de sus posibilidades

Será el genio de Pablo el que práctica y teóricamente ponga el principio de solución. El par de conceptos, que él trabaja inagotablemente, carne-espíritu no designaría, como en la filosofía griega, dos clases de seres ni dos componentes del ser humano: el cuerpo y el alma, sino dos actitudes: está en la carne el que vive para sí, está en el espíritu el que se abre al hermano. No conviene lo que implica absolutización del yo o desprecio al hermano. Conviene lo que edifica la comunidad, todo tipo de servicio. Conviene lo que hace de muchas individualidades un solo cuerpo, una persona social en la que se realiza lo peculiar de cada uno en el servicio común.

Y ante todo, como base imprescindible de la comunidad, el trabajo. Ése es su testamento solemne cuando se despide de Éfeso: “No he deseado dinero,

oro ni ropa de nadie; ustedes saben por experiencia que estas manos han ganado lo necesario para mí y mis compañeros. En todo les he hecho ver que hay que trabajar así para socorrer a los necesitados, acordándonos de las palabras del Señor Jesús: ‘Hay más dicha en dar que en recibir’” (Hch 20, 33-35). Y eso se repetirá en la carta a los Efesios recogiendo su legado: “El ladrón, que no robe más; mejor será que se fatigue trabajando honradamente con sus propias manos para poder repartir con el que lo necesita” (4,28).

DAR DE LO PRODUCIDO POR UNO ES DARSE

El trabajo pasaría así a constituirse en principio de comunidad. Para compartir, hay que producir. La comunión de las rentas no es la comunión cristiana. El cristiano da de su propia vida, de las obras de sus manos. Sólo así la comunión es signo pleno de amor.

Ése es el camino de Jesús que “siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (2Cor 8, 9). No hubiera sido signo de amor el que el salvador hubiera venido como un Dios infinito para hacernos participar de sus tesoros inagotables. El salvador es Jesús, que vino como un hombre del pueblo, que no nos pudo dar como Moisés pan del cielo, sino tan sólo su cuerpo y su sangre, su vida, sus trabajos y fatigas, su compasión, su fidelidad, las obras de su amor.

Ni compartir una abundancia no producida (eso sería gracia barata) ni consolarse con una pobreza resignada (eso sería opio del pueblo). El camino de Jesús es amor creador que saca realidad de la carencia y amor liberador que vence los obstáculos y lucha contra las opresiones (Rm 4,17). El Padre trabaja y yo trabajo (Jn 5,17). Ése es el camino del Hijo de Dios. Ser hijo no es ser consumidor infantil de la fortuna del padre sino responder al amor creador del Padre haciéndose cargo responsablemente de los hermanos más pequeños para que todos crezcamos a plenitud.

Así se comprende que al hablar a los tesalonicenses del cariño de hermanos que se deben tener y que ya se tenían, Pablo los exhorta a progresar en él poniendo todo su ahínco en “ocuparse de sus asuntos y trabajar con sus propias manos según nuestras instrucciones” (1Tes 4,11). Ésta será la doctrina que un discípulo sistematizará magistralmente en la segunda carta a los tesalonicenses:

Será Pablo el que insista en que el trabajo es la base de la comunidad. Y esto no sólo por un simple realismo sino también porque el dar cristiano es precisamente darse. Y darse es ante todo dar lo producido por uno, lo que uno hace y en lo que se le va a vida.

“Hermanos, éstas son nuestras instrucciones en nombre del Señor Jesús el Mesías: Retráiganse de todo hermano que lleva una vida ociosa y no sigue la tradición que recibió de nosotros. Bien saben ustedes en qué forma hay que seguir nuestro ejemplo: estando con ustedes no estuvimos ociosos, no comimos el pan de balde a costa de alguien, sino con fatiga y cansancio, trabajando día y noche para no serles gravoso a ninguno. Y no es que no tuviéramos el derecho de hacerlo, pero queríamos presentarnos ante ustedes como un modelo que imitar, pues cuando estábamos allí les dimos esta norma: el que no quiera trabajar, que no coma. Es que nos hemos enterado que algunos de su grupo viven en la ociosidad, muy ocupados en no hacer nada; a éstos les mandamos y recomendamos, en nombre del Señor Jesús el Mesías, que trabajen pacíficamente y así ganen para comer. Por su parte, hermanos, no se cansen de hacer el bien, y si alguno no hace caso de lo que decimos en la carta, señálenlo con el dedo y háganle el vacío para que se avergüence” (3,6-14).

El trabajo aparece como precepto del Señor. El que no trabaje, que no coma. Toda relación social que se establezca para que unos hombres eludan el trabajo y vivan parasitariamente queda así descalificada. Incluyendo la relación religiosa. Porque ésta es una permanente tentación del sacerdote. Y Pablo tiene siempre especial interés en señalarla y

establecer así la diferencia entre su espíritu y el de otros que, presentándose con apostura hierática y un cúmulo de prescripciones, bajo capa de piedad, encubrían la explotación económica. Pero no sólo se trataría de no ser gravoso a nadie sino de hacer así, a costa del trabajo propio, el bien a los demás.

Resumiendo diríamos que el reino de Dios es la comunidad de Dios con los hombres. Dios lo ofrece gratuitamente y para ello cancela toda cuenta pendiente. La actitud humana correspondiente sería abolir toda discriminación y establecer un mundo fraternal. Así nos hacemos hijos de Dios. Ésta es la buena nueva de Jesús. Pero este evangelio no es aceptado por los que se creen ya suficientemente bien y juzgan por eso mala cualquier novedad. Éstos impiden a toda costa la transformación del mundo. Esta actitud lleva a la condena injusta y a la muerte de Jesús. Pero frente al mal, Dios mantiene su propuesta. Esto proclama la resurrección de Jesús. Por eso piden la conversión a esta buena nueva reconfirmada por Dios. Pero este evangelio no es aceptado sino minoritariamente.

Surgen así las comunidades como signos y embriones de este mundo nuevo. La comunión de vida lleva a la comunión de bienes. Pero la posesión en común no se basa en un principio en el trabajo sino en la liquidación de los patrimonios y la puesta en común de los haberes. Estas decisiones se basan en la convicción del fin inminente. Pero ante la demora de la parusía esta situación se vuelve insostenible. Será Pablo el que insista en que el trabajo es la base de la comunidad. Y esto no sólo por un simple realismo sino también porque el dar cristiano es precisamente darse. Y darse es ante todo dar lo producido por uno, lo que uno hace y en lo que se le va la vida.

Este trabajo sería así la sustancia del servicio, esa actitud fundamental de Jesús. Con esta práctica pudo Pablo vencer susceptibilidades y celos, desenmascarar falsos apóstoles y socorrer a la comunidad madre de Jerusalén, salvando mediante este don de amor una comunión bastante deteriorada.

* Miembro del Consejo de Redacción.

